





Tres tazas



M^a Eliezer Bordallo Huidobro

Tres tazas

 **ALTERA**

Primera edición: diciembre de 2015
Segunda edición: septiembre de 2016

© Difusión de revistas y libros S.L.
© M^a Eliezer Bordallo Huidobro

ISBN: 978-84-16645-86-2
ISBN digital: 978-84-16405-81-7

Depósito legal: M-26767-2016

Ediciones Áltera
Monte Esquinza, 37
28010 Madrid
editorial@altera.net
www.edicionesaltera.com

Impreso en España

*A Gelo, mi corrector de estilo,
mi compañero y marido,
sabedora de que sin su ayuda y paciencia jamás
hubiera terminado esta novela.*

Madrid, enero de 2014



Bienaventurados los que sufren,
porque ellos heredarán la tierra

SAN MATEO



Índice

Capítulo I: La calle.....	13
Capítulo II: La coincidencia.....	27
Capítulo III: La celda	47
Capítulo IV: La casa.....	53
Capítulo V: Las horas.....	61
Capítulo VI: El encuentro	73
Capítulo VII: Amanece	87
Capítulo VIII: La visita.....	105
Capítulo IX: Viernes	117
Capítulo X: La pelea	129
Capítulo XI: La noche y la mañana	145
Capítulo XII: La estación.....	163
Capítulo XIII: La confesión.....	171
Capítulo XIV: Culpable	177
Capítulo XV: La venganza.....	189
Capítulo XVI: La ocurrencia	195
Capítulo XVII: La ferretería	201
Capítulo XVIII: La organización	211
Capítulo XIX: ¡Fuego!.....	225
Capítulo XX: La penitencia	235
Capítulo XXI: La esperanza.....	245
Capítulo XXII: Aquella noche	253

Capítulo XXIII: El nuevo amigo.....	265
Capítulo XXIV: Entusiasmo	277
Capítulo XXV: Libre.....	285
Capítulo XXVI: La luna.....	291
Capítulo XXVII: La llamada	299
Capítulo XXVIII: Los preparativos	309
Capítulo XXIX: La misa.....	319
Capítulo XXX: El lazarillo	329
Capítulo XXXI: La despedida	337
Capítulo XXXII: La salida.....	343
Capítulo XXXIII: El largo viaje.....	351
Varios meses después.....	357
Epílogo.....	369

Capítulo I: La calle

Calle de Tres Tazas, extraño nombre. ¿Se debe, acaso, a tres amigos que tomaban asiduamente café en tres tazas idénticas? ¿Encontraron tal vez, por los aledaños, tres tazas semienterradas provenientes de alguna civilización extinguida? No sé, no quiero saberlo. Me gusta imaginarme los diversos motivos. Incluso adivinarlo yo, inventar, soñar el porqué de su nombre. Calle de Tres Tazas, en cuesta, estrecha, pobre y, yo diría, hasta vulgar. Bajémosla.

En el número doce, a la derecha, hay una pequeña casa unifamiliar. Todavía quedan por la zona algunas aisladas, con su pequeño patio interior, su cocina de carbón, y sus tejados desvencijados con chimenea incluida. Los muros son gruesos para evitar el frío y el calor, las ventanas pequeñas con tiestos a la calle. Entremos.

En el cuarto de estar dormita una mujer. A sus pies, hay un perro, llamado Loquillo, que descansa también. La radio está enchufada, el brasero encendido, los restos de la comida aún sobre la mesa. La mujer no es joven ni vieja. Ha debido de ser guapa, quizás todavía lo sea, pero a la vista está que no cuida en absoluto su aspecto personal. Está un poco gorda, más bien rellenita, su pelo es largo y moreno, y lo lleva recogido con un moño típico de las mujeres de pueblo. De vez en cuando, abre los ojos, mira distraída a su alrededor y los vuelve a cerrar. Se la ve tranquila.

Dora, que así se llama, está a gusto porque está sola. Ni su hijo Chuchi, del que no sabe nada desde hace más de dos meses, ni su marido Tiquio, están en casa. El reloj marca las cuatro. Un reloj de cuco desvencijado que todavía se atreve a cantar las horas con ayuda del pajarito. Como siempre, el perro ladra cuando las oye, porque quisiera comérselo de una vez, antes de meterse con esa rapidez detrás de la

puertecita o, al menos, asustarlo para que se echara a volar, pero nada. Dora aprovecha para abrir definitivamente los ojos y enderezarse.

Se queda un poco embobada hasta que se despereza. Poco a poco, va recogiendo los restos de comida y prepara unas viandas en la mesa ya limpia. La botella de vino, un vaso, un poco de chorizo, unas corizas de cerdo y algo de pan. Vuelve a la cocina y trae una servilleta de papel que deja junto al plato.

Ahora se empieza a arreglar, dejémosla.

Siguiendo la misma calle pero algo más abajo a la derecha y muy cerca de la muralla, hay una casa de dos plantas en cuyo piso superior cuelga el cartel de HUÉSPEDES. Dentro de esa casa, en el recibidor, justo a las cuatro, una mujer y un hombre están hablando:

—Ya sabe usted que le dejaría más tiempo, don Miguel, pero la fiera de mi hija, la Trini, me lo ha prohibido terminantemente. Son tres meses don Miguel, es mucho fiar, y yo no veo que usted vaya a encontrar trabajo. Me entiende, ¿verdad?

—No se preocupe, Trinidad, tiene usted toda la razón, y esto es lo mejor.

Arrepentida de lo que acaba de decir y pensando en voz alta, añade:

—Pero, ¿dónde va usted a irse, hombre? Si sé que no tiene ni para caerse muerto; y la perrilla, se morirá de frío. Tome, don Miguel, cójalo, alma de Dios.

—Que no Trinidad, que no cojo nada. Ya nos veremos de vez en cuando por aquí y, tenga usted seguro que en cuanto pueda le devolveré lo que le debo. Es cuestión de tiempo, pero le garantizo que lo haré.

—¡Qué lo coja, he dicho! Y recuerde: todos los días a esta hora véngase aquí, que mi hija se estará echando la siesta. Siempre habrá un bocadillo para usted y unos restos para la Desi, que le había cogido yo ya cariño a la perrilla. Pero no puede ser don Miguel, ya le he dicho que, por desgracia, no puede ser ni un día más.

—No se agobie Trinidad, ya ve que me lo ha dicho y no ha tenido usted que repetírmelo, que las cosas son como son y yo les debía ya muchos atrasos. Bastante nos ha aguantado a la Desi y a mí.

—Más lo hubiera hecho yo si no fuera por mi hija, que ya sabe lo pesetera que es. Pero, ¡vamos! ¿No pensará irse con la maleta como

un mendigo? Que yo se la guardo, que pesa un montón con tanto libro. Aquí escondida, debajo del hueco de la escalera, se la tendré hasta que usted encuentre otra pensión o, qué sé yo, algún lugar donde caerse muerto.

—Mire, eso sí que se lo agradezco, que hasta me puede detener la Guardia Civil si me ve con ella arrastrándola de aquí para allá. Gracias, Trinidad, es usted una buena persona.

—Y, coja usted este dinero que le doy, que lo coja ahora mismo, que al menos tendrá para calentarse el estómago en la taberna del final de la calle. Mire, allí, subiendo la cuesta se cruzará usted con el Teodorillo, y por quince pesetas tiene usted para un vino y un platillo de callos que resucita a un muerto. Cójalo por su madre, no me haga metérselo en el bolsillo, don Miguel.

—Bien, Trinidad, lo admito como préstamo y de nuevo le doy las gracias. Tiene usted un corazón de oro. No podría negarme, por muchas razones, pero sobre todo porque sé que me lo ofrece usted como si le fuera en ello la vida. Ya ve que me lo guardo en el bolsillo. Gracias de nuevo.

—¡Váyase ya, don Miguel! Y a las cuatro, mañana y todos los días a las cuatro, siempre habrá algo para usted. Adiós, Desi, espero que esta noche no pases frío, bonita, que tú eres una perrita muy delicada, tan pequeñita, tan blanca, tan cariñosa... Váyanse, que me arrepiento y la tenemos en casa, váyanse por Dios.

Segundos después, Miguel abre la puerta de cristal y madera, después otra más fuerte y resistente. Un frío helador que atraviesa los rayos de sol le da en la cara. Se abrocha el cuello del abrigo y avanza hacia la muralla. Gira la cabeza y con la mano que sujeta la correa le dice adiós a Trinidad, que no aguanta más y cierra el portón para llorar desconsoladamente sobre el mostrador. No sabe si ella seguirá mirándole o si, por el contrario, ya se habrá dado la vuelta. No lo sabe pero dice adiós. La otra mano, la izquierda, la tiene metida en el bolsillo sujetando las monedas que acaba de recibir.

Camina maquinalmente hacia abajo, con la esperanza de que no se repita lo de todas las tardes y de que tenga agallas para tomar una decisión. El problema es que no tiene fuerzas para nada. Le gustaría morirse ahora mismo, fulminado por un rayo, la perrita y él en un

instante, y unirse al valle de tinieblas donde habita Luisa. Eso es lo que le gustaría, pero no puede ser. Así que avanza lentamente hacia la puerta de la muralla, la que llaman de El Carmen, aunque es más conocida popularmente como la de La cárcel. Llega y se asoma, da un paso, otro, otros más. Desde arriba puede contemplar el panorama, se apoya en una peña y respira profundamente intentando relajarse pero, en su fuero interno, está seguro de lo que va a ocurrir.

Temerosamente levanta la cabeza y a sus pies, como otras veces, se presenta la ciudad, casitas antiguas primero, algún chalet, el campo y, por último, la vieja carretera que serpentea. A la derecha, pero casi en el centro, la iglesia de la Encarnación. A la izquierda el Colegio de Huérfanos de Ferroviarios. Por todas partes, el campo, el valle helado, el cielo, la inmensidad, un espacio abierto sin fin que le absorbe y atrapa hasta marearle.

Intentando mantener la vana esperanza de que esta vez no pasará lo de siempre, gira lentamente la cabeza hacia la derecha y allá al fondo, cree distinguir el Seminario, tan lleno de recuerdos, y algo ve: el tejado negro de pizarra y la cuesta que lleva hacia arriba, al camino bordeado de árboles, tantas veces recorrido en sus años mozos y que desemboca obligatoriamente en la entrada principal; pero la puerta, oculta entre las ramas de los árboles pelados, ésa, no puede distinguirla. Aún sin verla, bien sabe que allí habrá de seguir, como siempre, maciza y rebordeada de piedra, con bancos a los lados, donde hablaban Julián y él con otros compañeros en las largas horas de verano antes de la cena. Inacabables conversaciones de la vida, del amor y de la muerte. Eternas dudas de adolescentes, en que casi siempre salía a relucir la mujer y, claro está, el sexo, tan desconocido y prohibido en aquel entonces. Otras veces también debatían sobre teología y el misterio de la existencia de Dios. Aquellas tardes de verano, horas jóvenes y esperanzadoras, tan lejanas ahora de la realidad, de esa espantosa existencia absurda y cruel hasta el límite.

Lentamente, su mirada intenta fijarse primero en cosas concretas: edificios, algún árbol y el camino del Seminario para, posteriormente, abarcar el conjunto. Es como si tuviera que mirar primero para luego decidirse a contemplar el grupo compacto que, ante su mirada inquieta, se presenta. Imposible ya, porque todo, absolutamente todo,

empieza a girar, lentamente primero, y en pocos instantes, cogiendo asombrosa velocidad, se asemeja a un caos absoluto. Gira, gira como una peonza, como una gigantesca batidora que engulle casas y coches, árboles y edificios, en la que formas y colores acaban por mezclarse completamente. Destaca el color ocre y verde con pinceladas de tejados rojos, de árboles secos, del blanco de la nieve, del gris de la tarde heladora... De todo un poco. Enorme vomitado que le corta la respiración y le nubla la vista.

«Miguel, no te caigas, no des el espectáculo, por favor —se dice a sí mismo—. Agárrate como otras veces, adonde sea, a ese peñasco que está cerca. No escuches las palpitaciones. Date media vuelta y siéntate en el primer banco, en la primera peña que encuentres. Tápatela cara, cierra los ojos, vamos, avanza, que nadie se dé cuenta. No vayas a perder el conocimiento. Así, así, despacito. Ya entras, ya estás dentro, en el parquecillo, en la peña de otras veces. Lo ves, ¡si no puedes! ¡Si te lo había advertido el doctor, el psiquiatra! ¡Si lo sabías!»

Ya más calmado, comprueba que en el parquecillo, que no es otra cosa que cuatro bancos de piedra distribuidos aquí y allá junto a algunas acacias que han crecido como Dios les ha dado a entender, solo hay una pareja enfrente y que nadie le ha visto adentrarse dando tumbos, como quien dice. Los temblores van disminuyendo, el sudor frío se disipa y, poco a poco, va recuperando la estabilidad.

Avanza y, disimuladamente, consigue sentarse en un banco medio derruido; a su lado, Desi no se aparta de él. Poco a poco todo va tomando forma de nuevo. Al principio mira fijamente el suelo, la tierra marrón y húmeda por el frío. Lentamente, todo se detiene y cada elemento recupera su tamaño y color. Es entonces cuando se atreve a levantar la cabeza con disimulo. Delante tiene a la pareja, que en absoluto parece que se haya fijado en él. Miguel se queda mirándolos embelesado. El pelo de la chica, castaño y largo le recuerda inevitablemente al de Luisa. Se dice a sí mismo que se olvide, que piense en otra cosa. Sabe que le tienen completamente prohibido retroceder al pasado y acordarse de aquel tiempo tan maravilloso y triste porque, si no obedece, nunca se curará.

«Pero, ¡tu pelo!, Luisa, cuando metía mis dedos entre tus rizos para sentir tu cuello joven y tibio y atraerte hacia mí. Tu pelo Luisa,

¡cómo se parece al de esa chica! Dónde estará, cómo estará ahora, bello cadáver, cubriendo tu rostro. No se aparta de mi cabeza la idea. No merecías morir, y lo hiciste por mí, y mírame ahora, allá desde las tinieblas, observa si puedes a este cobarde, enfermo, mendigo, deambulando de acá para allá con nuestra perrita Desi, a la que tanto cuidabas.»

Acaricia el pelo suave y tibio de Desi, que inmóvil permanece a su lado y, al mismo tiempo, intenta apartar su mirada de la joven del banco, pero es inútil.

Vuelve a intentar concentrarse.

«No sigas —se dice—, recuerda lo que te dijo el psiquiatra de la Seguridad Social, no lo olvides y sigue sus consejos. Piensa en el tiempo eterno que tuviste que esperar acompañado de tu amigo Julián, el único que te queda, el que se ocupó de ti. Eso es lo único que puedes recordar, y nada más. Sé fuerte. Allí los dos, durante horas, esperando que te nombraran. ¡Tantas veces! Él afuera, se quedaba siempre con un libro entre las manos, dispuesto a echar la tarde, sin prisas, sin agobios, con la sonrisa en los labios y una frase de esperanza por respuesta a cada uno de mis oscuros pensamientos. Céntrate en aquella época y no en lo que tienes delante.»

No puede evitarlo y, casi sin darse cuenta, empieza a retroceder en el tiempo...

A veces el doctor Arranz le llamaba a él también y entraba solo. Y yo, entonces, esperaba con los demás enfermos. ¡Cuántas tardes, cuántos días! Yo sabía que tendrías problemas en casa por ausentarte tanto y por hacerme compañía, sabía que tu mujer terminaría hartándose de estar conmigo, pero nunca me lo confesaste. Yo todo lo intuía, pero te necesitaba, Julián, y por eso nunca te dije que no me acompañaras a la consulta del psiquiatra. Nunca. Siempre tan egoísta, yo, únicamente yo, y así me fue y me está yendo. Así, querido amigo ausente, no sé si te imaginarás en qué estado me encuentro. Prefiero no decírtelo, aguantar hasta el final sin solicitar una vez más tu ayuda o, mejor, tu compasión.

Recuerdo el diagnóstico, el último consejo del doctor:

—Miguel, le voy a hablar francamente puesto que es usted una persona culta, y no como la mayoría de los pacientes que tengo.

—Lo prefiero y se lo agradezco, doctor. Me gustaría saber a qué atenerme, porque así no puedo seguir día tras día. Al menos, querría conocer cómo se llama esta maldita enfermedad que me ata a los pies de la cama, y si hay alguna esperanza de solución; aunque, si le soy sincero, tampoco prefiero curarme. Tengo que pagar mis errores y, además, deseo hacerlo, para compensar, en parte, lo que le hice a Luisa.

—No empecemos, Miguel, y deje que le explique en qué consiste su enfermedad —le interrumpió el doctor, secamente—. Padece usted un principio, un principio serio de agorafobia. Como usted sabrá, éste es un término griego que viene a significar algo así como «miedo a los espacios abiertos». La enfermedad se produce raras veces y es como si el paciente, que en este caso es usted, no tuviera valor para enfrentarse a los problemas y se encerrase tanto en sí mismo que al final fuera incapaz de aceptar su entorno, su medio social, la propia naturaleza... A todo lo que signifique cambio o novedad, ¿me entiende?

—Le entiendo perfectamente y tiene usted razón, doctor, no soy capaz de cargar con la pena, la vergüenza, el remordimiento, ¡con tantas cosas! Por mí me quedaría en la cama, metido en un cuarto pequeño a esperar la muerte, que es lo que me merezco, y no ella. Ella, Luisa, hermosa y joven, muerta y putrefacta en estos momentos.

—No vuelva usted, de nuevo, al eterno tema —volvió a interrumpirle—. Eso no le beneficia en absoluto, bien lo sabe. El incansable remordimiento le está a usted empujando día a día a no querer salir de sus problemas, al miedo, a la culpabilidad sin escapatoria y, por tanto, a la agorafobia que ya padece. Tiene usted miedo a su pasado, y ese temor se extiende y envuelve cualquier acción cotidiana, ¿me entiende?

—Es que no puedo olvidarlo doctor, es una pena que me tortura día y noche y que no me deja pensar en otra cosa. Si tuviera el valor que me falta, me tiraría a la vía del tren o me tomaría veneno; algo haría para dejar a un lado mi existencia absurda y pesadosa. Y si quieren saber por qué no lo he hecho hasta ahora, aunque se rían ustedes ante mis narices, es exclusivamente por no dejar abandonada a la perrita, de nombre Desi, a la que con tanto cariño trataba Luisa. Ese pobre animal es lo que impide que me quite la vida. Pero eso ya se lo he di-

cho alguna que otra vez. Como de costumbre, tiene usted la consulta a rebotar, doctor, así que decididamente no voy a hablar más, y eso sí, intentaré seguir sus indicaciones.

La enfermera, una mujer de mediana edad, bastante atractiva, levantó en esos momentos la vista, dejó caer su bolígrafo, abandonó el informe que estaba leyendo del próximo paciente y miró a Miguel con incipiente curiosidad. «Ya está bien de depresiones, esquizofrenias y neurosis», debía de estar pensando. «Este caso tiene mucho más morbo y, además, es real. Aquí está el asesino indirecto que ahora, ni siquiera puede salir de casa de puro remordimiento».

A mi lado estaba también Julián, que había sido invitado por el doctor a entrar conmigo a la consulta. Intervino también para suavizar la conversación entre ambos.

—¿Quiere usted decir, doctor, que Miguel no puede salir a la calle sin que se maree? Habrá una salida a este problema, supongo. Vamos, en estos tiempos, a casi veinte años del siglo XXI, quiero pensar que habrá algún remedio, ¿no me diga usted que no tiene una solución inmediata!

—No vaya usted tan deprisa, Julián, ¿se llama usted así, verdad?

Julián asintió con la cabeza, era mucho más impulsivo que yo. Quería saber, quería solucionar cuanto antes esta papeleta tan desagradable.

—Vamos a ver. Lo que tiene Miguel, y lo digo delante de él tranquilamente, porque él mismo lo admite sin tapujos, es un tremendo trauma causado por la culpabilidad que le ha supuesto la muerte de Luisa, ¿así se llamaba verdad? A causa de eso, de la presión de su entorno, más la situación familiar y laboral y todo lo que quiera usted añadir, Miguel se ha ido encerrando en un pequeño mundo interior de recuerdos malos y buenos, y eso le ha producido a la larga tal introspección, que se encuentra en un estado de abandono, que poco a poco le ha ido encerrando en su mundo particular —al percatarse de que todos le miraban atentamente, incluida la atractiva enfermera, continuó con mayor seguridad—. Por tanto, no quiere saber nada de la realidad cotidiana porque, sencillamente, no tiene fuerzas para enfrentarse a ella. Y su mundo interior es su mente que es, a la postre, la que dirige sus acciones, como nos pasa a todos, estemos en el

siglo en el que estemos. Porque yo, señores, no puedo ni tan siquiera mover la mano, si no hay antes una pequeña orden concreta y rápida en mi complicado cerebro, del que tan poco sabemos hasta ahora, que indique a mi mano lo que tiene que hacer —el doctor levantó su mano delgada y se quedó mirándola con interés, contento de su ocurrencia—. Por eso, y para terminar —su mano comenzó a descender de manera elegante—, mi paciente tiene que retomar confianza en sí mismo y saber enfrentarse a la pura realidad. Porque mientras no se recupere, no podrá ni tan siquiera cruzar hasta la acera de enfrente. Y esto cada día avanza un poco más..., hasta el extremo de llegar a no poder moverse de la cama ni a poder abrir las ventanas, lo que es, a la larga, como permanecer en una tumba en vida. Es decir —miró a todos lentamente—, como estar muerto.

—Pero —interrumpió Julián, algo más calmado—, creo, doctor, que eso nos pasa frecuentemente a todos; eso de no querer saber nada del mundo exterior, porque estamos metidos de lleno en nuestros problemas. No sé si me explico con claridad, pero de eso, a marearse hasta perder el conocimiento por no poder mirar a su alrededor. Es que lo que nos está diciendo, ¡es muy fuerte!

—Y tanto que es muy fuerte, pero lo de Miguel también lo ha sido, no vaya usted a...

Recuerdo que en ese momento entró en la consulta una doctora joven, delgada, esbelta y de pelo castaño. Saludó discretamente y se puso a escuchar. Seguramente sería una estudiante de prácticas que estaba simplemente aprendiendo a «tratar a los locos». Silenciosamente, apoyó sus manos en la mesa del doctor para observar «el caso que tenía delante». Su mano izquierda estaba delante de mí y al ver esa muñeca delgada donde una sencilla pulsera de oro dormitaba tranquilamente, al verla, digo, recordé tus manos, Luisa. Tenía las mismas uñas, no muy largas ni cuidadas, de estudiante, pintadas de un barniz transparente. Tus manos. Luisa, ¡cómo me acariciaban! Tú también tenías una pulsera fina que yo te había regalado, ¿te acuerdas, pobre cadáver? Tus brazos morenos cuando nos fuimos a Menorca y tu pulsera de oro brillando con la arena y el mar. ¿Recuerdas desde el Valle de Tinieblas? Acércate, amor mío, a revivir aquellos hermosos días.

—... Creer —continuaba el doctor—, que lo que lo que vivimos los seres humanos a diario, como son las tragedias, desengaños, rupturas, accidentes y una interminable lista de desgracias, no nos afecta. Al ser el problema verdaderamente imperioso, al sentirse uno incapaz de salir de él, bloqueado, angustiado y sin esperanza de solución, entonces, como les digo —y éste es el caso de Miguel—, uno se va ensimismando, viviendo de recuerdos inútiles de recuperar y se produce el bloqueo, la oscuridad y el total aislamiento.

Lo que daría yo porque tus manos me acariciaran en este instante, por no haber vivido lo que vivimos y porque no ocurriera lo que nunca debió pasar. Yo no estaría aquí, Luisa, estaría contigo paseando. Tú estarías viva y yo, como otras veces, te esperaría en el cuarto banco del jardín, todas las tardes, en nuestro jardín, Luisa, en nuestro banco, el que nunca podrá ser de nadie más, por mucho que la gente se siente o se bese en él.

—Así que, Miguel, aparte de la medicación que está anotando la enfermera —que seguía embobada observándolo todo—, le recomiendo, más bien le ordeno, si es que quiere llegar a curarse, que intente usted no mirar hacia atrás y a no centrar su vida en aquello que no ha de volver, por mucho que usted insista en darle vueltas. Incluso sería estupendo que se cambiara usted de ciudad y comenzara una nueva vida sin recuerdos, sin pasado, sin entierros ni titulares en los periódicos. Así de sencillo, Miguel, y así de claro. Se lo diré en pocas palabras: ¡Empiece usted desde cero!

—Ya hemos pensado en ello —asintió Julián—. Sí, tenemos intención de volver a una ciudad donde estudiamos los dos hace ya unos añitos. Fuimos seminaristas en nuestra infancia y juventud, allá en Ávila, hacia los 60. Los dos nos salimos casi al mismo tiempo, pero nuestro amigo José Manuel se quedó y ahora es director del mismo, quiero decir, del Seminario donde estábamos internos. Casualidades de la vida.

Siempre me había llamado la atención la facilidad que tenía Julián para contar sus intimidades, así a la primera de cambio, a cualquier persona, sin más y, en este caso, curiosamente, nos atañía a los dos... ¡No, por favor! No te vayas, Luisa, no levantes tus manos de la mesa; siento tu pecho cercano que respira, tu pulsera

que duerme en la muñeca, no te muevas, doctora, ¿por qué te vas? Ten caridad de mí.

—Ha visto, doctora, le presento a Miguel, con claros síntomas de agorafobia. Pero va a seguir los consejos de su amigo Julián y los míos y, seguro que le va a ir muchísimo mejor de ahora en adelante. Tómese medicación doble cuando vayan a viajar y, Julián, procure usted salir de madrugada, a eso de las 5 ó las 6, para que lleguen a Ávila tempranito que, al fin y al cabo, tampoco está muy lejos de aquí que digamos.

—Gracias doctor. Le tendremos al tanto de todo, ¿verdad, Miguel?

—¡Ah! Sí, sí. Ya sé, una nueva vida sin pasado. Un poco difícil me lo está usted poniendo, doctor, pero creo que no me queda otro remedio que intentarlo.

—Tiene usted mucha suerte, Miguel, de tener un amigo como Julián, no todo el mundo es tan generoso ni leal, se lo aseguro.

—Lo sé, lo sé doctor. No es fácil decirlo, pero creo que hubiera tirado la toalla, quiero decir que posiblemente hubiera hecho algo, bueno, algo de lo que ya hemos hablado, si no hubiera estado siempre pendiente de mí, mi amigo Julián —dije, desviando la mirada de la doctora y dirigiéndosela a mi protector.

—Venga, vámonos, Miguel, que el doctor tiene la consulta a rebo-sar. Buenas tardes y hasta otra vez. Vamos, ¡ah! Que nos gustaría no volver a verlo en la consulta, más bien tomando unas cañitas por ahí, como antes hacíamos, ¿verdad, Miguel?

—Sí, así era antes la vida, mucho menos complicada. Adiós, doctor, buena suerte.

—Miguel, recuerde que esto no va a ser nada fácil, que es un proceso largo en el que usted tiene que admitir su pasado y aceptar el presente. Solo así podrá de nuevo ver la vida como antes. Paso a paso lo conseguirá.

—Gracias doctor, lo intentaré. ¡Qué otro remedio me queda!

—¡Ténganme al corriente de todo! Julián, confío en usted para que me llame o me escriba.

—No se preocupe, doctor, así lo haremos.

—¡Buen viaje y ánimo!

—Adiós y gracias otra vez.

Poco después, una mañana de verano, Julián y yo llegamos a Ávila. Iba muy mareado y medio dormido porque, como el doctor había ordenado, había ingerido doble medicación. Fuimos directamente al Seminario, con tan mala suerte que José Manuel estaba en Roma, en el Congreso Eucarístico. Se quedaría allí, al menos, durante dos semanas. No quisimos molestarle. Claro, lo nuestro, lo mío, no tenía ninguna importancia. Buscamos una pensión, barata, céntrica, cerca de la muralla, hasta que José Manuel regresara. Solo serían unos días. Julián me acompañó exactamente dos noches y tres días. Ya olía a muerto tanta intimidad, era un sinsentido. Sé que dejó pagado por adelantado algún tiempo, dos o tres semanas. Sé que en cuanto volviera José Manuel yo mismo pensaba ir a visitarle, que solo sería un paseíto. Sé, sin duda alguna, que lo intenté varias veces. Sé que no pude pasar de la muralla, que ella me protege como un cinturón de castidad.

Ahora mismo, con todo el frío inimaginable por delante, lo he intentado de nuevo. No puedo, me es imposible salir del recinto. Todo me da vueltas. Intento no pensarlo, dicen que tengo que relajarme, controlar mis impulsos, respirar rítmicamente. Todo lo sé, pero es inútil. Me es imposible. Lo escribiría con mayúsculas: NO PUEDO.

Es posible que Julián me haya abandonado, harto de tanta tragedia y convencido, más o menos, de que José Manuel y yo estemos ahora juntos. Incluso influenciado por su santa esposa que nunca ha comprendido mi enfermedad, nuestro amor y tu muerte (debería decir nuestra muerte, querida, porque yo soy un simple espectro que acompaña a una perra, y la acompaño porque tú la querías, simplemente por eso, amor mío). Ahora estoy solo, detrás de la muralla, con un frío de mil demonios e incapaz de acercarme a verte, José Manuel, porque no puedo salir. Solo tengo algunas monedas en el bolsillo que me ha dado Trinidad, sin que Trini se entere. Me gustaría tener valor para subirme a la almena y tirarme. Me gustaría, pero sé que sería incapaz de hacerlo. Antes, me marearía. Me da pena de la Desi y quisiera acabar cuanto antes con todo. Si te llamo por teléfono, querido José Manuel, te asustarás, ¿cómo y por dónde empezaría a explicarte mi presencia aquí, señor director del Seminario? Me muero de vergüenza de solo pensarlo. Quizás Julián debió ocuparse de mí hasta el final.

Escribiría con mayúsculas: NO PUEDO MÁS.

Me quedaré en el banco sin pensar en ti, sino solo en lo que haré con la monedillas que me ha dado la buena de Trinidad. ¡Oh, la pareja! No quiero verla, no quiero mirar su pelo tostado y brillante. No quiero pensar en mis dedos por debajo de su pelo. Mis dedos allí acariciando su cuello caliente, tibio, lleno de vida. En cambio ahora mis dedos helados tocan las monedas que me ha dado Trinidad. Eso es todo lo que tengo, bonita diferencia. ¿Y tu cabello, Luisa? ¿Quedará algo de tu pelo? Dicen que los gusanos es lo único que respetan, eso y los huesos. Lo leí un día, no sé dónde.

¡Basta! Vamos Desi, pasea un poco, te espero allí. Allí, donde no vea nada interesante. Hay un banco desvencijado, sin patas, como una losa de piedra torcida, que mira hacia la puerta de la cárcel, allí me sentaré a no pensar en nada, siguiéndote indiferente con la mirada. Esperando a que vuelvas a refugiarte bajo mis piernas. Cuando me recupere del todo, veré lo que hacemos para sobrevivir a esta noche que presiento heladora y nefasta para los dos.